

CASTILLO DE SANTA CRUZ

Intervención leída por José Antonio González Carmona



Foto. M^a Ángeles Márquez

Hace diez años se puso en contacto conmigo una entidad de la que hasta entonces no había oído hablar. Se trataba del CEIDA, el Centro de Extensión Universitaria y Divulgación Ambiental de Galicia, instalado en el Castillo de Santa Cruz, en La Coruña. Me pidió que participase en un ciclo de conferencias sobre el Castillo, que se iba a celebrar en el mes de julio de 2004, a través del cual se presentaría una historia de este fuerte, faltando que se hablase del destino que tuvo la isla como colonia veraniega de huérfanos militares.

Rehusé en un principio a participar, apoyándome en mi falta de conocimientos sobre aquel castillo, que ni siquiera conocía, recomendando que dirigiesen la solicitud al Patronato de Huérfanos del Ejército.

Al no obtener el resultado que esperaban, volvieron a dirigirse a mí, insistiendo en su petición, y esta vez no pude negarme, pues pensé que valía la pena que se oyese hablar del Ejército en aquel alejado lugar.

El paso siguiente fue buscar información, ya que, como he dicho, no sabía lo más mínimo sobre isla y castillo. Conseguí algunos datos en el Patronato, no muchos, es cierto, así como planos de la isla y de sus edificaciones, procedentes del Instituto de Historia y Cultura Militar. Seguidamente establecí contacto con mi buen amigo José Antonio González Carmona, quien me puso en contacto con algunos de los “pínfanos” que habían veraneado en el Castillo, de los cuales comencé a recibir información sobre su vida en la isla cuando pasaban el verano disfrutando de lo lindo en aquellos parajes. Junto a entrañables narraciones me llegó abundante documentación gráfica, y con todo ello empecé a trabajar en la redacción de la conferencia.

Confieso que me defraudó e, incluso, me hizo pensar en renunciar a mi colaboración cuando la documentación que me fue llegando procedente del CEIDA venía en gallego, al igual que la totalidad de la información que aparecía en su página web. Todo ello no tenía sentido, teniendo en cuenta que gobernaba entonces en Galicia una persona considerada como gran españolista: el Sr. Fraga.

Al final hice de tripas corazón y con un corto equipaje me monté en un tren, que no parecía querer llegar nunca a La Coruña.

El recibimiento fue muy agradable y cariñoso. Mi primer contacto con la isla de Santa Cruz interesantísimo, pues supuso ver con mis propios ojos aquello que había investigado a través de los papeles. Una nueva decepción fue comprobar que todos los carteles informativos de la isla estaban también en gallego. Me quejé a los que en ella trabajaban, quienes me dijeron que no tenían más remedio que actuar así por mandato político –el gran españolista Sr. Fraga–. El programa de conferencias también venía en lengua vernácula, siendo el nombre de la mía *A etapa dos orfos do exército*. El director del CEIDA me pidió disculpas por tener que presentarme

en gallego, no tuve más remedio que admitírsela, pues la realidad es que todos habían sido amabilísimos conmigo.

A la conferencia asistieron personas que habían convivido con los huérfanos y conocían muchas de sus andanzas; uno de ellos era el hijo del barquero. De todos recibí información e, incluso, me carteeé con algunos.

Durante los dos días que pasé en La Coruña realicé un completo reportaje fotográfico de la isla, con vistas a un futuro trabajo.

Pasado el tiempo, me pidieron la documentación que había utilizado en mi conferencia y permiso para publicar un artículo, eso sí, me pidieron perdón por la exigencia de tener que traducirlo al gallego. A la funcionaria que me llamó le dije que ella no tenía culpa de tener unos superiores imbéciles que trataban de impedir que los hispanohablantes pudiesen leer el artículo.

El artículo no llegó a publicarse, así que fue a parar a un cajón, en el que ha estado estos años hasta que se me ocurrió ofrecérselo a la revista *Castillos de España*, quien lo publicó en el mes de diciembre del año pasado.

Coincidiendo con este intento de publicación, José Antonio González Carmo-
na me pidió el artículo para incluirlo en el libro sobre la historia del Colegio de Padrón, así que tuve que escribir otro, más dedicado a los huérfanos que a las sucesivas transformaciones del castillo.

Eso es todo. Me alegro profundamente y me enorgullece haber participado en este proyecto que ha permitido el mejor conocimiento de los sucesivos colegios en los que se educaron los huérfanos del Ejército, y que servirá para que su historia no caiga en el olvido.

José Luis Isabel

Zaragoza 11 de mayo de 2014